



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Otero, Gerardo
Forjando democracia: formación político-cultural y vinculaciones desde abajo
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 26, septiembre, 2006, pp. 131-146
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50926011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Forjando democracia: formación político-cultural y vinculaciones desde abajo¹

Forging Democracy: Political-Cultural Formation and Bottom-Up Linkages

Gerardo Otero

Departamento de Sociología y Antropología, Simon Fraser University, Canadá,
y Doctorado en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México

Email: otero@sfu.ca

Fecha de recepción: septiembre 2005

Fecha de aceptación y versión final: agosto 2006

Resumen

En contra del globalismo de izquierda que arguye que las fuerzas de la globalización han debilitado fundamentalmente a los Estados-nación, aquí se propone que esta esfera sigue siendo crítica, tanto para la imposición de los intereses de las clases dominantes, como para la resistencia y construcción de una alternativa popular-democrática. En la medida en que las raíces de las organizaciones sean locales, podrán enfocarse en los temas ambientales y socioeconómicos específicos de sus localidades, y podrán desarrollar mecanismos de participación democráticos. La práctica del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (México) se usa como ilustración de esta alternativa de política popular-democrática impulsada desde abajo.

Palabras clave: movimiento indígena, EZLN, México, ciudadanía, autonomía.

Abstract

Against left globalism, which argues that the forces of globalization have fundamentally weakened the nation-state, this paper proposes that this sphere continues to be critical both for the imposition of ruling-class interests as well as for the resistance and construction of a popular-democratic alternative. To the extent that the roots of social movement organizations are local, they will be able to focus on environmental and socioeconomic issues that are specific to their localities and will be able to develop democratic participation mechanisms. The practice of the Mexico's Zapatista National Liberation Army (EZLN) is used to illustrate this popular-democratic political alternative promoted from the bottom up.

Keywords: indigenous movement, EZLN, Mexico, citizenship, autonomy.

1 Agradezco al Consejo para las Ciencias Sociales y las Humanidades de Canadá por el financiamiento recibido para mi investigación a través del proyecto "Neoliberal Globalism and its Challengers" dirigido por Gordon Laxer y del cual soy co-investigador. Partes de este ensayo están basadas en el primer capítulo de *México en transición: Globalismo neoliberal, Estado y sociedad civil*, coordinado por el autor (Otero 2006).

El propósito de este artículo es ofrecer una perspectiva alternativa del globalismo de izquierda. Esta posición arguye que las fuerzas de la globalización han debilitado fundamentalmente a los Estados-nación, y que el destino de la política y los movimientos sociales progresistas, democráticos y de izquierda depende ahora del grado en que cuenten con solidaridad internacional y de la conformación de una sociedad civil transnacional (véase por ejemplo Strange 1996, Bronner 2002, Beck 2000, Brysk 2000). Si bien estos autores no han tenido mucho impacto más allá de sus ámbitos académicos, los escritos de Michael Hard y Tony Negri (véanse *Imperio* y *Multitud*) sí han trascendido en algunos sectores activistas de los movimientos sociales.

En contra de esta postura globalista, internacionalista o “cosmopolita”, mi argumento es que el Estado-nación sigue siendo la esfera crítica para la imposición de los intereses de las clases dominantes. De la misma manera, la lucha por cualquier mejoría de las condiciones económicas, políticas y culturales de las clases, las comunidades y los grupos subalternos tiene que darse en este mismo ámbito. Si bien la solidaridad internacional siempre será bienvenida; por sí misma no tendrá un impacto sustancial en el balance de fuerzas a escala local. De hecho, el lugar principal de la política sigue siendo el ámbito local o nacional para el logro de cambios sustanciales en las oportunidades de vida de las clases, las comunidades y los grupos subalternos. Ultimadamente, estos grupos podrán afectar la intervención estatal a su favor en la medida en que se constituyan político-culturalmente en el ámbito local, en la forma de una existencia organizada con capacidad de movilización. En la medida en que las raíces de las organizaciones sean locales, en esa medida podrán enfocarse en los temas ambientales y socioeconómicos específicos de sus localidades, y podrán desarrollar mecanismos de par-

ticipación democráticos. El ejemplo que aquí propongo de esta alternativa de política popular-democrática impulsada desde abajo es la práctica del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

El principal desafío para lograr la formación político-cultural se puede plantear de la siguiente manera: ¿cómo pueden extraer concesiones del Estado las clases, las comunidades y los grupos subalternos sin que al hacerlo sean cooptados por el mismo, y por tanto desarticulados de las luchas popular-democráticas? Para enfrentar este desafío con éxito se requiere construir organizaciones para la lucha que sean democráticas, que tengan un liderazgo responsable, que rinda cuentas a sus bases, y la participación de éstas en la toma de decisiones.²

La primera sección introduce el enfoque aquí propuesto y ofrece algunos antecedentes históricos sobre la movilización de los campesinos indígenas, lo que constituye el referente empírico del artículo. En la segunda sección presento un esbozo de la teoría de la formación político-cultural de las clases, las comunidades y los grupos subalternos (FPC). En la tercera sección se presenta una propuesta alternativa a la perspectiva globalista respecto a cómo enfrentar el globalismo neoliberal. Llamo a esta alternativa teórica y de práctica política el enfoque de las “vinculaciones de desde abajo” o VIDA. A la luz de las herramientas teóricas de FPC y VIDA, y con el propósito de mostrar su pertinencia, la cuarta sección analiza una paradoja que se ha dado en el surgimiento y desarrollo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México: que si bien surgió como un movimiento revolucionario, nacional-popular, eventualmente se vio reducido a una lucha indígena regional. Finalmente, las con-

2 Para una mayor elaboración de estas ideas, véase mi libro *¿Adiós al campesinado? Democracia y formación política de las clases en el México rural* (Otero 2004a).

clusiones resumen los argumentos del artículo y plantea los principales desafíos para los Estados latinoamericanos ante las luchas indígenas por la autonomía.

Enfoque y antecedentes

Como alternativa a la posición globalista, y complemento de la teoría de la formación político-cultural (FPC), aquí se propone un enfoque en torno a las vinculaciones desde abajo (VIDA). Las implicaciones de este enfoque son tanto teóricas como políticas. Desde el punto de vista teórico, VIDA nos induce a pensar en los nuevos desafíos que plantea el globalismo neoliberal, y la nueva relación entre el Estado y la sociedad civil (para una elaboración de estos conceptos, véase Otero 2004a, 2004b).

Como propuesta política, el enfoque que aquí se presenta está parcialmente de acuerdo con la que ofrece John S. Dryzek (1996) en torno a los prospectos para la profundización de la democracia en la era del capitalismo global. Para Dryzek, tales prospectos de profundización “son mejores en la sociedad civil que en las instituciones formales del gobierno, a través más que al interior de las fronteras nacionales, y en los ámbitos de la vida que no siempre se han reconocido como políticos” (1996: 3-4). Estoy de acuerdo con Dryzek respecto a los ámbitos primero y tercero que plantea para profundizar la democracia, pero sólo parcialmente con el segundo (“a través más que al interior de las fronteras nacionales”). Si bien reconozco que la escala internacional es relevante para la acción política, planteo que si la democracia ha de profundizarse, la lucha por esta meta debe estar firmemente enraizada en el nivel local-nacional. Es en este ámbito donde las clases, las comunidades y los grupos subalternos dan sus luchas y donde el Estado puede responder con políticas estatales en su favor (o no hacerlo),

donde los dirigentes pueden ser responsables y rendir cuentas directamente a sus bases (o no hacerlo), y donde se puede dar mayor (o menor) grado de participación democrática de las bases.

Las referencias empíricas que respaldan el análisis de este artículo provienen de las luchas de los campesinos indígenas en Latinoamérica y la amplia solidaridad que han recibido desde varias partes del mundo. Hemos presenciado una movilización extensa y vigorosa por parte de los campesinos indígenas de la región desde las últimas dos décadas del siglo XX, por lo cual no es coincidencia que se hayan escrito muchos libros al respecto (por ejemplo, Assies, van der Haar y Hoekema 2000, Brysk 2000, Burguete Cal y Mayor 2000, Díaz Polanco 1997, Ramos 1998, Van Cott 2000, Wearne, 1996, Yashar 2005). Sus demandas principales quedan contenidas en la noción de *autonomía* e incluye los temas de autodeterminación, tierra y territorio.

“Autonomía”, como lo ha sugerido Héctor Díaz Polanco (1997), se puede definir de dos maneras, pero sólo con una de ellas se pueden resolver satisfactoriamente las demandas indígenas. La primera es la definición liberal de autonomía, concebida como la dotación del “permiso” desde arriba por parte de las clases dominantes para que las comunidades indígenas se encarguen de sus asuntos y retengan por lo menos algo de sus costumbres. En este caso, la definición específica de autonomía depende de la discreción del antojo de las clases dominantes. La segunda definición, por contraste, implica el llegar a formular un régimen jurídico político que sea el resultado de una acuerdo mutuo, de una concertación que implique la creación de una verdadera colectividad política dentro de la sociedad nacional” (Díaz Polanco 1997:95).

Mi argumento es que las demandas por la autonomía, ultimadamente, sólo pueden satisfacerse a cabalidad en el ámbito del

Estado-nación. Para llegar a acuerdo político y un régimen de autonomía se requiere que los pueblos indios se constituyan en actores formados político-culturalmente para exigir sus derechos y reivindicaciones. Es decir, una verdadera autonomía indígena sólo puede ser el resultado de una lucha desde abajo, y no de una graciosa concesión de las clases dominantes. Además, en Latinoamérica, estas demandas sólo pueden ser acomodadas trascendiendo los débiles regímenes de democracia liberal que empezaron a surgir en los años ochenta. El desafío es transitar hacia una democracia societal, basada en la gran consolidación de la sociedad civil y la multiplicación de formas participativas en la vida política de las bases.

Si bien la discusión en este ensayo trata del campesinado indígena latinoamericano en general, se presta mayor atención al caso mexicano porque México ha visto la expresión más radical de la movilización campesino-indígena contemporánea: el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional o EZLN en 1994. A diferencia de la revolución de 1910-1920, que resultó en instituciones que intentaron asimilar o integrar a los pueblos indios a la cultura mestiza nacional dominante, el levantamiento de 1994 ha puesto la cuestión de los derechos y la cultura indígenas al frente del debate público.

Los pueblos indios de México constituyen del 12 al 15 por ciento de la población total, es decir, algo más que el promedio latinoamericano de 10 por ciento. El rango en porcentaje en la región va de menos de uno por ciento en Brasil hasta de 30 a 45 por ciento en Perú y Ecuador, hasta más del 60 por ciento en Guatemala y Bolivia (Van Cott 2000: 14; Yashar 2005:21). Si consideramos que la población *rural* de México es de alrededor de 25 por ciento del total, entonces podemos inferir que cerca de la mitad del campesinado mexicano mantiene una identidad indígena, dada la concentración rural de los indígenas.

La pregunta es si la emergente democracia mexicana puede acomodar las demandas de esta porción tan sustancial de su pueblo. Esta pregunta es relevante no sólo para México, sino para América Latina en general, sobre todo para los cinco países que concentran al 80 por ciento de la población indígena en la región: Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y Perú (Van Cott 2000: 14; Yashar 2005:21).

Podríamos argüir que la manera como los estados latinoamericanos enfrenten las relaciones con sus pueblos indios determinará en gran medida el carácter y la profundidad de sus transiciones democráticas. Las clases dominantes tienen la opción de mantener a los pueblos indios como los grupos más explotados, oprimidos y excluidos políticamente, o de reconocer finalmente sus diferencias culturales y su derecho a tierra y territorio no sólo en el papel, sino en los hechos. En una medida cada vez mayor, sin embargo, esto ya no sólo es una cuestión de opciones para las clases dominantes y el Estado. El alcance del cambio dependerá de la movilización indígena desde abajo; de ahí la necesidad de un enfoque teórico y político de VIDA.

La teoría de la formación político-cultural de grupos, clases y comunidades

¿Cómo se han organizado las clases, las comunidades y los grupos subalternos de la sociedad para montar una movilización protectora contra los ataques del globalismo neoliberal? En el contexto de una democracia liberal emergente, de carácter elitista y concentrado en las elecciones, tal movilización se localiza en el ámbito de la sociedad civil. Aquí partimos de la definición del Estado democrático en su sentido extenso que propone Antonio Gramsci (1971). En vez de restringir su definición a las estructuras jurídico-políticas, Gramsci generalmente se refiere al Estado

como la suma de la “sociedad política”, o el ámbito de la dominación, más la “sociedad civil”, o el ámbito de la hegemonía. Entre menos democrático sea un Estado, más dependerá de la fuerza y la dominación. Pero entre más democrático sea, más se basará en la hegemonía o el consenso del pueblo que lo constituye. La democracia, nos dice Gramsci, “debe significar que todo ‘ciudadano’ pueda ‘gobernar’ y que la sociedad lo ubique, aunque sea de manera abstracta, en la condición general de poder lograr esto. La democracia política tiende hacia la coincidencia entre los gobernantes y los gobernados” (Gramsci 1971: 40).

Dentro de esta concepción radical de la democracia y del Estado, una pregunta central que surge entonces es la siguiente: ¿cómo pueden las clases o grupos subalternos llegar a ser hegemónicos, o por lo menos a lograr la habilidad para influenciar intervenciones o políticas estatales en su favor?

La formación político-cultural se puede definir como el proceso a través del cual los productores directos y otros grupos sociales subalternos conforman sus demandas u objetos de lucha, forman sus organizaciones para la lucha, y generan una dirigencia para representarlos ante el Estado y otras organizaciones con las cuales pueden establecer alianzas. En el contexto del globalismo neoliberal, podemos re-plantear así la pregunta anterior desde la teoría de la formación político-cultural: ¿Cómo se pueden organizar las clases, las comunidades y los grupos subalternos para hacer avanzar sus demandas sin que por ello sean cooptados por el Estado bajo el discurso hegemónico-burgués? Con estos planteamientos teóricos, volvamos ahora a la historia, tratando de establecer su relación con estos postulados.

La teoría de la formación político-cultural (FPC) contrasta con el reduccionismo clasista y economicista del marxismo tradicional (MT) y con el reduccionismo culturalista de las teorías identitarias que surgen de las teorías

de los nuevos movimientos sociales (NMS). Mientras que aquel establece una relación causal directa entre la posición de las clases en el proceso productivo y su formación política, el segundo hace abstracción de las demandas materiales y se enfoca en los procesos de formación identitaria. FPC propone una síntesis sistemática que trascienda el reduccionismo de ambos enfoques (véase Otero y Jugenitz 2003 para una crítica del MT y de NMS).

En vez de enfocarse en la relación directa entre posición económica de clase y resultados políticos, FPC plantea que hay tres determinantes que median este proceso. En primer lugar, las culturas regionales forman la base desde la cual se articulan las demandas de las organizaciones de clase que surgen para la lucha. En segundo lugar, la intervención del Estado conforma los contornos iniciales del carácter de las organizaciones resultantes, que pueden ser de tres tipos: burgués-hegemónico, de oposición, o popular-democrático. Por último, los tipos de liderazgo y los modos de participación de las bases determinan las oportunidades que tiene la organización de retener su independencia frente al Estado y su autonomía frente a otras organizaciones políticas, así como las alianzas que puede construir con otros movimientos y organizaciones. Esbozamos brevemente cómo funciona cada una de estas mediaciones, ilustrando su significado en relación al ejemplo que nos ofrece la formación del campesinado indígena.

Las culturas regionales para los pueblos indios han estado en una relación muy cercana con sus relaciones de producción y sus relaciones de reproducción, o lo que he llamado “procesos estructurales de clase” (Otero 2004a). En la medida que la etnicidad de los pueblos indios ha sido una parte central de las culturas regionales en la mayor parte del centro y sur de México, su identidad como pueblos indios juega un papel clave en la conformación de las demandas o los objetos de

lucha. Por otra parte, la reproducción de la cultura indígena depende en gran medida del acceso continuo a la tierra y el control sobre un territorio determinado. Un hecho notable acerca de los pueblos indios contemporáneos es que han resistido las políticas estatales de genocidio, asimilación o integración subordinada por medio milenio, a pesar de la realidad de que siempre han ocupado posiciones subordinadas como grupo.

FPC plantea que se dan tres tipos principales de intervención del Estado, cada una de las cuales produce efectos distintos sobre las organizaciones de clase. Primero, cuando la intervención del Estado ayuda a la reproducción material de las clases subordinadas, pero la iniciativa de tales políticas proviene del propio Estado. En este caso el resultado político consiste generalmente en una organización cooptada que pierde su independencia frente al Estado y refuerza la hegemonía burguesa. En este sentido, la hegemonía estaría expresada en el número y el espesor de las organizaciones que apoyan el proyecto hegemónico que defiende el Estado. Podríamos decir que entre más organizaciones cooptadas existan, la sociedad civil más queda “confiscada” por el Estado o la sociedad política. Dentro de un régimen autoritario, esto puede significar que el ámbito de la dominación crece por encima del de la hegemonía, en la medida que la cooptación de las organizaciones se da por la fuerza más que por el convencimiento. Como mínimo, tendríamos una situación de corporativismo estatal como la que caracterizó a México la mayor parte del siglo XX (véase los capítulos de Mackinlay y Otero, Singelmann, y de la Gaceta Toledo en Otero 2006).

En segundo término, y del otro lado del espectro político, se pueden dar intervenciones del Estado negativas o represivas. Estas pueden resultar en la desmovilización, por lo menos temporal, pero potencialmente también pueden reforzar la formación de organizaciones independientes y de oposición (un

ejemplo es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, EZLN). En este caso, no importa tanto si tales organizaciones no alcanzan ningún éxito en sus demandas específicas en medio de las políticas represivas del Estado, pues la sola emergencia de las organizaciones se puede considerar un logro, mismo que puede resultar eventualmente en la apertura de oportunidades políticas para hacer avanzar el resto de sus demandas en luchas futuras.

Finalmente, una tercera variante se da cuando la intervención estatal es favorable para la reproducción de los productores directos como resultado de la movilización desde abajo. Esto se da cuando las organizaciones de oposición ingresan en lo que he llamado el “momento subjetivo de la lucha”, es decir, cuando se convierten en sujetos o actores políticos que construyen su propio futuro. En la medida en que este tipo de organizaciones llegue a tener éxito tanto en la conformación de la política estatal en su favor como en la retención de su independencia organizativa respecto del Estado, entonces su carácter se convierte en “popular-democrático”. Cuando un conjunto sustancial de organizaciones de este tipo establecen una alianza entre ellas, estarían en condiciones de promover un proyecto hegemónico alternativo de carácter popular-democrático.

Los tipos de dirigencia y sus correspondientes modos de participación de las bases determinan si la organización va a retener su independencia del Estado (o no) y su autonomía de otras organizaciones políticas (o no), y el carácter de las alianzas que puedan establecer con otras organizaciones de la sociedad civil. Desafortunadamente, los tipos de liderazgo en tanto mediación o “variable” dependen a su vez considerablemente de la propia intervención del Estado. Es decir, el Estado generalmente tiene la posibilidad de por lo menos intentar la cooptación o la compra de líderes de organizaciones de oposición o de las popular-democráticas. Pero la relati-

va facilidad o dificultad de que se de la cooperación dependerá enormemente del nivel de democracia y participación en la organización: entre mayor sea la democracia y la participación, menores serán las posibilidades de que los líderes comprometan la integridad de su organización; y viceversa.

Al teorizar sobre rendición de cuentas y democracia en organizaciones de amplia membresía en el México rural, Jonathan Fox (1992) argumenta que pueden escapar a la “ley de hierro de la oligarquía” de Robert Michel, aún si éstas pasan por ciclos de participación altos, bajos y de vuelta altos. En este contexto, la rendición de cuentas del liderazgo, dice Fox, “se refiere a la capacidad de los miembros para hacer responsables a los líderes de sus acciones, pero también requiere un grado de autonomía de la dominación externa” (1992: 23). También se requiere el desarrollo de contrapesos internos: “Los canales múltiples y alternativos tanto para la democracia directa como representativa conforman el balance de poder entre líderes centrales y sus bases” (Fox 1992: 28).

Históricamente, se podría argumentar que han existido los siguientes tres tipos principales de dirigentes en México (Otero 2004b), planteado esto como tipos ideales:

El liderazgo “carismático-autoritario”, que se interesa primordialmente en mantener su control personal sobre la organización o el movimiento. Este tipo de liderazgo puede retener mayor independencia del Estado, especialmente cuando sus bases están movilizadas, pero tiende a no rendir cuentas ante sus bases.

Por su parte, el liderazgo de tipo “corrupto-oportunista” puede rendir mejor sus cuentas inicialmente, pero ser más susceptible de comprometer la independencia o la autonomía estratégicas de la organización. En este caso, de poco sirve la democracia inicial si el liderazgo puede sucumbir a la corrupción o la cooptación.

Finalmente, los principios y la práctica del

liderazgo “democrático-participativo” incluyen el elevar la conciencia política e ideológica de sus bases y entrenar nuevos cuadros que puedan eventualmente llenar los puestos de dirección cuando sea conveniente, ya sea porque los actuales han cumplido con sus tiempos o por causas de fuerza mayor. Aquí los modos de participación incluyen una comunicación fluida de abajo hacia arriba y viceversa, de tal forma que pueda existir plena representación real de las bases por la dirigencia. Así pues, los intereses de ésta—tanto de corto como de largo plazo—coinciden plenamente con los de las bases, y existen mecanismos de revocación de los líderes en caso de que haya desviaciones importantes entre acciones y mandato.

Sobra decir que los primeros dos tipos de dirigencia son los que se encuentran con mayor frecuencia en la historia. Con un liderazgo democrático-participativo, sin embargo, podrían existir mayores niveles de rendición de cuentas, democracia interna, así como también mayores posibilidades de reducir dramáticamente la corrupción y la cooptación. Por lo tanto, una dirigencia democrático-participativa aumenta también las probabilidades de que la organización llegue a ser de carácter popular-democrático (Otero 2004a, 2004b).

Vinculaciones desde abajo (VIDA): sociedad civil y transición democrática

LA TORMENTA... la que está... nacerá
del choque de estos dos vientos, llega ya
su tiempo, se atiza ya el horno de la historia.
Reina ahora el viento de arriba, ya
viene el viento de abajo, ya la tormenta
viene... así será... LA PROFECIA... la
que está... cuando amaine la tormenta,
cuando lluvia y fuego dejen en paz otra
vez la tierra, el mundo ya no será el
mundo, sino algo mejor

(Subcomandante Marcos, 1994)

El fin de la Guerra Fría y el colapso del socialismo de estado de la Unión Soviética representan un gran parte-aguas para las luchas progresistas y de izquierda alrededor del mundo. No sólo se trataba de un modelo de desarrollo desde arriba y autoritario, sino que el socialismo de Estado también fue desacreditado por sus fallas en el ámbito económico (Halliday 1995). Si bien la lógica de movimiento del capitalismo es la búsqueda de la ganancia, en el socialismo de Estado lo que se trataba de maximizar era el poder de la elite burocrática y su Estado (Castells 1997). La mayoría de las izquierdas del mundo habían tomado ese tipo de socialismo como el modelo a aspirar, y por tanto centraron sus fuerzas en la lucha directa por el poder estatal, una estrategia que Antonio Gramsci había cuestionado desde los años veinte para el caso de las democracias occidentales, a partir de su propia experiencia durante año y medio de estancia en los años iniciales de la Unión Soviética. Una de sus ideas centrales era que primero había que conquistar la hegemonía, o el liderazgo moral e intelectual de la sociedad, antes de aspirar al poder estatal. De lo contrario el resultado necesariamente sería un modelo de desarrollo desde arriba, autoritario, sin que necesariamente se tomaran en cuenta los designios de las masas.

Parte de las fallas económicas del socialismo de Estado ha de atribuirse a su falta de democracia en la mayoría de los niveles de la organización social, desde los talleres de ensamblaje de las fábricas hasta el Estado mismo (Burawoy 1985). Esta ausencia democrática resultó en gran medida del enfoque desde arriba de las luchas previas y de la propia organización leninista del partido. La naturaleza vanguardista y elitista de esta teoría y práctica de la organización, que contrasta claramente con la noción que Marx propuso de *praxis* y retomada por Gramsci, llevaba en sí la semilla del futuro autoritarismo estatal. El ideal leninista del “centralismo demo-

crático” se convirtió en la práctica en un centralismo claramente inclinado hacia la jerarquía y el autoritarismo, no sólo en la Unión Soviética, sino en todos los países del llamado socialismo real, o de socialismo de Estado (Medvedev 1975, Bahro 1978, Konrád y Szelenyi 1979, Eckstein 1994, Otero y O’Byrne 2002), o peor aún, como lo llamó Roger Bartra, socialismo “trágicamente existente” (1982).

Ahora bien, se da una paradoja en la reestructuración neoliberal: tal reestructuración asigna un papel decreciente para el Estado en la economía (Biersteker 1995) y contiene por tanto la posibilidad de introducir o fortalecer la toma de decisiones en forma democrático-participativa en los países semiperiféricos ricos en recursos naturales como México, Venezuela o Ecuador. Los países semiperiféricos son países que ocupan posiciones contradictorias en el sistema capitalista mundial: tienen la conciencia de su dependencia pero también los medios para contestar el globalismo neoliberal. Puesto que las fracciones dominantes del sector privado en México han estado de acuerdo y promovido el globalismo neoliberal (Valdés Ugalde 1996), su crítica y contestación ha venido desde abajo. Por ello mismo, para poder desafiar al globalismo neoliberal desde abajo se requiere la existencia, promoción y profundización de la gobernanación democrática en todos los niveles de la vida pública.

En Latinoamérica, este proceso de democratización se está dando de manera endógena en la mayoría de los niveles de la sociedad, aún cuando parecería que los requerimientos económicos de la globalización se imponen como factor exógeno, pero con la anuencia gustosa las clases dominantes y sus elites burocráticas. A la larga, la profundización de la democracia en las sociedades semiperiféricas en desarrollo, a la par con la consolidación de las sociedades civiles también en los países de capitalismo avanzado o centrales, podría

llevar a un cambio de modelo económico para el sistema mundial en su conjunto. Del globalismo neoliberal podríamos avanzar hacia algo más compatible con un modelo de desarrollo redistributivo y ambientalmente sustentable. Se trataría de trascender el nacionalismo burgués que ha prevalecido desde el siglo XIX, y que ha sido excluyente de los beneficios del desarrollo para la mayoría de la sociedad, y que ha marginado a los grupos que no encajaron o no quisieron encajar en la cultura mestiza dominante. La nueva sociedad podría semejar a un nacionalismo de nuevo tipo de carácter popular-democrático y multicultural, una suerte de “nacionalismo internacionalista”.³

Puesto que las fuerzas que imponen en Latinoamérica el globalismo neoliberal parecerían ser abrumadoras, surge la pregunta siguiente: ¿qué tipo de estrategias políticas se le podrían oponer para resistir este proyecto, y para promover uno en favor del nacionalismo popular-democrático, multicultural e internacionalista? Mi proposición es que la lucha encaminada hacia la toma directa del poder estatal (como las insurgencias en Centroamérica) han sido las menos efectivas para lograr la justicia y la democracia, aunque no hayan sido las menos comunes. Por otra parte, los movimientos popular-democráticos de las últimas tres décadas se han enfocado en la consolidación de la sociedad civil y en el cambio de la correlación de fuerzas entre sociedad civil y sociedad política, o Estado en sentido restringido. En la medida en que esto demuestre ser más efectivo para hacer avanzar los intereses de las clases, las comunidades y los grupos subalternos, entonces la mayoría de los movimientos revolucionarios de las décadas pasadas, los que se enfocaron en la toma directa del Estado, tendrían que ser ree-

valuarlos. En retrospectiva, se puede apreciar que todas las rebeliones basadas en el campesinado en Centro y Sudamérica durante los años setenta y ochenta enfocaron sus esfuerzos en la toma del Estado a la manera leninista (Brockett 1990, Castañeda 1993, Carr y Ellner 1993, Palmer 1994).

Hacia los años noventa, la combinación de estructuras de clases recalcitrantes –excluyentes y represivas– y la determinación de los Estados Unidos de contener “la amenaza comunista” en su “patio trasero” selló el destino de las rebeliones y las revoluciones centroamericanas. Con algunas excepciones en Perú y Colombia, todos los movimientos guerrilleros han entrado en algún proceso de negociación con sus Estados respectivos, de tal forma que sus actividades se han confinado al actuar de los partidos políticos en la sociedad política (Rochlin 2003).

El contraste más novedoso con la tendencia leninista y vanguardista, así como también con los partidos políticos, ha estado representado por la lucha del EZLN (véase, por ejemplo, Harvey 1998, Díaz-Polanco y Sánchez 2003, Otero 2004b). A diferencia de todos los movimientos guerrilleros previos en Latinoamérica, el EZLN no ha tratado de tomar el poder estatal directamente. Más bien ha apostado a que la “sociedad civil” se organice y obligue al Estado a que se logre una solución pacífica del conflicto militar. Desde su primera declaración pública en enero de 1994, el EZLN mostró ser un actor institucional. Si bien etiquetó al entonces Presidente Carlos Salinas como ilegítimo producto de un fraude electoral, convocó no obstante a los otros dos poderes, el legislativo y el judicial, a que ejercieran su función y se deshicieran del usurpador. Esta primera *Declaración de la Selva Lacandona* invocaba también al Artículo 39 de la Constitución mexicana como fuente de legitimidad para la rebelión del EZLN:

3 Debo esta frase a conversaciones con mi amigo Gordon Laxer de la Universidad de Alberta en Canadá.

La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo el poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno (citado en EZLN 1994).

Al ver la tremenda movilización de las organizaciones de la sociedad civil por detener el conflicto, sin embargo, el EZLN decidió cambiar su estrategia armada: de “guerra de movimientos” (confrontación militar directa) pasó a una “guerra de posiciones” (luchas en el ámbito moral y cultural a través de comunicados, marchas, encuentros, etc.). Otro cambio crítico pronto después de levantamiento se refiere a las demandas del EZLN. Aunque la vasta mayoría de sus bases son las comunidades indígenas de Chiapas, las demandas iniciales del EZLN eran demandas típicamente clasistas, y se resumían en las siguientes: “trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz” (EZLN 1994). Posteriormente, el diálogo con una multiplicidad de organizaciones indígenas llevó al EZLN a incluir la lucha por “la cultura y los derechos indígenas” como una de sus demandas centrales. Este énfasis indianista le costaría un relativo aislamiento del resto del movimiento popular-democrático (Bartra y Otero 2005).

El enfoque del EZLN en la consolidación de la sociedad civil, sin embargo, ya tenía notables precedentes en México. De hecho, muchos de los movimientos populares durante los años setenta y ochenta tenían metas distintas a las de los partidos políticos: más que desafiar al Estado directamente en la sociedad política, querían fortalecer la existencia organizativa de las clases y los grupos subalternos en la lucha por sus derechos dentro de la sociedad civil. Con esta orientación, la mayoría de los grupos defendieron celosamente su independencia del Estado y su autonomía

frente a otras organizaciones políticas, particularmente los partidos (Moguel, Botey y Hernández 1992, Foweraker y Craig 1990, Hellman 1994, Cook 1996, Otero 2004a).

La rebelión del EZLN, por tanto, ha fortalecido esta tendencia a consolidar la sociedad civil como medio para lograr la transición democrática en México. Su novedad consiste en haber agregado la “guerra de movimientos” a la “guerra de posiciones” que habían contribuido los movimientos anteriores como estrategia para la transición democrática. La esperanza del EZLN era, no obstante, que el forzar una transición democrática, cualquier ulterior “guerra de movimientos” se haría innecesaria.

Se podría argüir que la inicial transición hacia la democracia electoral del 2000 se debió primordialmente a la presión ejercida desde fuera del sistema político por parte del EZLN, lo cual forzó a los partidos políticos a pasar las suficientes reformas legislativas en el terreno electoral como para que un partido de oposición pudiese acceder a la presidencia. Antes del levantamiento zapatista los partidos de oposición, cuando mucho, contribuyeron a generar reformas electorales que modernizaban el sistema autoritario. Pero dada la abrumadora dominación del Partido Revolucionario Institucional (PRI) las reformas electorales dejaban intacta la naturaleza autoritaria del sistema, en cuanto que no permitían una competencia electoral equitativa, justa y democrática (Otero 1996).

Ahora que se ha dado el inicio de una democracia electoral en México a partir de las elecciones del 2000, podría emerger una nueva relación entre los partidos y la sociedad. De una situación en que los partidos políticos sólo discuten entre ellos, ahora tendrán que enfrentar y dialogar con las organizaciones emergentes en la sociedad civil y otros electores. Si los satisfacen, los partidos políticos podrán ser reelectos; de lo contrario tendrán que ser revocados de sus cargos

mediante recursos legales que están aún por establecerse.

La paradoja del EZLN

En esta sección utilizo los planteamientos de la teoría de la formación político-cultural (FPC) esbozados arriba para entender cómo el EZLN ha desafiado las limitaciones de la emergente democracia liberal mexicana centrada en las elecciones. Esta discusión también nos servirá para resolver la paradoja del surgimiento y trayectoria del EZLN. A diferencia de la mayoría de las luchas indígenas en Latinoamérica durante el siglo XX, que consistieron en movilizaciones pacíficas (Yashar 2005), el EZLN lanzó su insurrección armada como una lucha típicamente clasista, con intenciones de articular un amplio movimiento revolucionario popular-nacional. La paradoja de su desarrollo consiste en que, pronto después del levantamiento, el EZLN adoptaría como suyas las demandas de los pueblos indios, centradas en la lucha por los derechos y la cultura indígena. El problema es que una lucha exitosa contra el neoliberalismo y por una sociedad posliberal, pluricultural y popular-democrática requiere del establecimiento de alianzas mucho más allá de las organizaciones indígenas. El desafío para las organizaciones indias se puede plantear en torno a tres dilemas.

Primero, ¿cómo pueden afirmar sus luchas por la cultura y la identidad indígena sin diluir sus demandas clasistas, primordialmente como campesinos? Segundo, puesto que los pueblos indios han sido los más marginados políticamente en las sociedades latinoamericanas, el lanzarse directamente a la política electoral y gubernamental conlleva graves riesgos. Aquí el dilema consiste en cómo entrar a la lucha política sin comprometer su independencia organizativa y evitando la cooptación de sus dirigentes. Por último, el

tercer dilema está relacionado con el segundo: si la organización ha de enfocar sus luchas en la sociedad civil o en la sociedad política o el Estado, y qué tan estrecha o ampliamente debe construir sus alianzas. Al restringirse a sus bases indígenas la organización puede asegurarse de que sus demandas identitarias no serán diluidas en luchas más amplias, pero sin alianzas más amplias corre el riesgo de aislarse y, ultimadamente, ser derrotada o ignorada por el Estado.

Al igual que la mayoría de las luchas indígenas en Latinoamérica, el EZLN ha compartido metas similares, pero los medios para conseguirlas han variado. Si bien el EZLN lanzó inicialmente una insurrección nacional-popular en 1994, con demandas económico-clasistas al centro, hacia la vuelta del siglo se había constituido en un movimiento indianista que intentaba construir la autonomía en su región inmediata (Burguete Cal y Mayor 2000, Van der Haar 2000).

¿Cómo podemos resolver esta paradoja desde el punto de vista de la teoría de la formación político cultural (FPC)? Esbozemos una solución a esta paradoja. En México el Estado cuenta con una red de organizaciones corporativistas muy fuerte. Aún después de la derrota electoral del PRI en las elecciones presidenciales de 2000, el corporativismo sigue siendo una de las características centrales del autoritarismo estatal y del control hegemónico-burgués (véanse los capítulos de Singelmann, de Mackinlay y Otero, y de de la Garza en Otero 2006).

El EZLN se ha opuesto vehementemente a participar en la política electoral de un Estado que considera autoritario o, cuando mucho, una democracia electoral de elites. El Frente Zapatista de Liberación Nacional, auspiciado por el EZLN en 1996, se convirtió en una organización política cuyos miembros sólo actuarían en la sociedad civil, pero no buscarían el poder político en la sociedad política o el Estado en sentido restringido. El

FZLN, disuelto formalmente en junio de 2005 en la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* del EZLN, estuvo controlado muy de cerca por la dirigencia del EZLN y no logró atraer a un rango muy amplio del pueblo mexicano. Se concentró sobre todo en la Ciudad de México y su membresía se reducía principalmente a algunos intelectuales, académicos y estudiantes. Además, dado que los Acuerdos de San Andrés no se han legislado a cabalidad (Hernández Navarro y Vera Herrera 1998; Harvey 2002), el EZLN se ha negado a negociar con el Estado, y también a que sus bases acepten fondos de cualquier programa estatal. Este enfoque ha resguardado al EZLN de divisiones internas que podrían resultar de la corrupción o la cooptación de sus miembros o dirigentes. Pero también ha significado depender del apoyo socioeconómico de las organizaciones no gubernamentales con fondos limitados y probablemente decrecientes.

La posición resguardada del EZLN en contra de la cooptación ha resultado en su aislamiento relativo de la sociedad, sobre todo desde que pasó la Ley Indígena espuria en abril de 2001, que no reconoce la autonomía a escala federal y no satisfizo a la mayoría de los pueblos indios. Esta posición cautelosa del EZLN seguramente responde al hecho de que el Estado mexicano es un enemigo formidable. Prueba de ello la constituye el hecho de que en 2003 y 2004, una de las más grandes movilizaciones campesinas que se han dado en el México moderno en torno a “El campo no aguanta más”, o ECAM fue dividida mediante la intervención estatal en octubre de 2004. La demanda central de ECNAM era la renegociación del capítulo agrícola del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), pero su sexta y última demanda era la resolución de los derechos y la cultura indígenas contenidos en los Acuerdos de San Andrés (véase Bartra 2006 sobre sus movilizaciones y Celis Callejas, 2005 sobre su

colapso). El EZLN, sin embargo, permaneció al margen de esta movilización.

Es irónico, entonces, que el Estado mexicano parecería haber aislado al EZLN al confinarlo a su lucha por los derechos y la cultura indígenas. Al “indianisarse”, parecería que el EZLN ha perdido de vista su lucha de clase original y su ímpetu para construir un frente pluricultural y popular-democrático amplio en contra del neoliberalismo y por la humanidad. Se habrían perdido de vista, entonces, los otros tres grandes temas de los zapatistas que estaban en la agenda de negociación con el Estado: tierra y economía, derechos de las mujeres y reforma del Estado.

Dado lo imponente de la cultura política y las instituciones corporativistas, el ECNAM se colapsó por las divisiones en su dirigencia y el inmediatismo de varias de sus organizaciones después de apenas dos años de surgimiento. Mientras tanto, el EZLN ha estado construyendo pacientemente la autonomía indígena en los hechos, a partir de sus vinculaciones desde abajo (VIDA). Acaso esta lucha paciente y a cuenta gotas es la que se requiere para debilitar al Leviatán mexicano. La lucha por la autonomía sólo se resolverá mediante un régimen político formulado por acuerdo mutuo, lo cual permitirá crear una nueva colectividad política popular-democrática, incluyente y pluricultural.

Conclusiones

En este ensayo he ofrecido el esbozo de una teoría alternativa a la posición globalista. En primer lugar, el globalismo nos induce a enfocarnos en la política identitaria, como si los procesos de formación de las identidades colectivas no tuviesen nada que ver con la base material para la reproducción social de los productores directos. Mi argumento al respecto ha sido que, en general, pero de manera especial para los campesinos indíge-

nas, una teoría sólida de la movilización y la formación político-cultural de las clases, las comunidades y los grupos subalternos debe incorporar sistemáticamente tanto las reivindicaciones materiales como las culturales para explicar sus resultados en cuanto a formación político-cultural. La teoría FPC ofrece justamente esta posibilidad al proponer tres mediaciones críticas entre los procesos estructurales y los resultados políticos.

En segundo término, la posición globalista propone que los movimientos enfoquen sus luchas en la construcción de organizaciones para una sociedad civil transnacional. Esta sugerencia es tan vieja como el llamado de Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* de 1848: “¡Proletarios del mundo, uníos!” Pero a más de siglo y medio de que se lanzó esta consigna, debería quedar claro que si alguna clase se ha organizado en el terreno transnacional ésta ha sido la burguesía mundial, encabezada por los intereses transnacionales y financieros de los Estados Unidos. Más aún, este hecho tiene su expresión en organizaciones supra-Estatales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Si bien los movimientos anti-globalización han logrado boicotear algunas de las reuniones de estas organizaciones, difícilmente podrían llegar a igualar su fuerza y menos desarrollar mecanismos democráticos internos para el ejercicio de una dirigencia responsable, con rendición de cuentas hacia sus bases. Tampoco se vislumbra cómo podrían tomar en cuenta las organizaciones civiles transnacionales los problemas ambientales de las diversas localidades, así como los temas socioeconómicos de sus gentes.

Por lo tanto, aún si se concede que la solidaridad y la organización internacional son sin duda importantes, he argumentado que el proceso de construcción de un proyecto popular-democrático alternativo que desafíe al globalismo neoliberal debe darse a partir de

las vinculaciones desde abajo (o VIDA). Sobre la base de una organización que parta de estas vinculaciones desde abajo, sus ligas con organizaciones internacionales de solidaridad podrían ultimadamente convertirse en democráticas en una escala global. Pero en el futuro inmediato y de mediano plazo el Estado-nación sigue siendo la esfera más crítica para la acción política—tanto para la imposición de los intereses de las clases dominantes como para que las clases, las comunidades y los grupos subalternos se constituyan político-culturalmente para resistir e intentar moldear la intervención estatal en su favor. Esta perspectiva es particularmente relevante para los países dependientes en general, pero sobre todo para los que podemos llamar “semi-periféricos”: dependientes, sí, pero con los recursos y las instituciones para resistir el globalismo neoliberal a partir de una nueva hegemonía de carácter popular-democrático que construya un nacionalismo internacionalista.

En tercer lugar, a un nivel más sustantivo, las luchas de los pueblos indios latinoamericanos han tratado de desafiar las políticas homogeneizadoras del globalismo neoliberal mediante el logro de espacios económicos, políticos y culturales para el desarrollo autónomo. El éxito que puedan tener las luchas indígenas en el siglo XXI tendrá por tanto que medirse frente a esta meta: ¿Pueden reformarse los Estados latinoamericanos como para trascender el globalismo neoliberal, de tal forma que puedan aceptar y respetar la diferencia a la vez que reconozcan los derechos de los pueblos indios para la autonomía (Harvey 2002, Díaz-Polanco y Sánchez 2003, Otero y Jugenitz 2003, Van Cott 2000)?

En una época en que algunos de los más prominentes politólogos se conforman con una definición “minimalista” de la democracia, (por ejemplo, Karl 1990, Mainwaring 1992, O’Donell y Schmitter 1986), Donna

Lee Van Cott (2000) ha argumentado que, por el contrario, para enfrentar adecuadamente los problemas seculares de exclusión de los pueblos indios lo que se necesita es un tipo de democratización que se aproxime a la visión del mundo de los propios indígenas. En esta visión, la política estaría arraigada en un universo ético y cultural más amplio, en el que los ciudadanos obedezcan las leyes voluntariamente porque las aceptan, y no porque temen ser castigados. En última instancia, este tipo de cambio sólo podrá venir desde abajo, a partir de las organizaciones democráticas de la sociedad civil.

Bibliografía

- Assies, Willem, Gemma van der Haar y André Hoekema, coordinadores, 2000, *The Challenge of Diversity: Indigenous Peoples and Reform of the State in Latin America*, Thela Thesis, Amsterdam.
- Bahro, Rudolf, 1978, *The Alternative in Eastern Europe*, New Left Books, London.
- Bartra, Roger, 1982, *Redes imaginarias del poder político*, Era, México.
- Bartra, Armando, 2006, "Milpas airadas: Hacia la autosuficiencia alimentaria y la soberanía laboral", en Gerardo Otero, coordinador, 2006, *México en transición: Globalismo neoliberal, Estado y sociedad civil*, M.A. Porrúa, México.
- Bartra, Armando y Gerardo Otero, 2005, "Indian-Peasant Movements in Mexico: The Struggle for Land, Autonomy and Democracy", en Sam Moyo and Paris Yeros, coordinadores, *Reclaiming the Land: The Resurgence of Rural Movements in Africa, Asia and Latin America*, Zed Books, Londres y Nueva York.
- Beck, Ulrich, 2000, "The Cosmopolitan Perspective: Sociology of the Second Age of Modernity", en *British Journal of Sociology*, No. 51(1), Blackwell Publishing, London, p. 79-105.
- Brockett, Charles, 1990, *Land, Power, and Poverty: Agrarian Transformation and Political Conflict in Central America*, Revised Edition, Unwin Hyman, Boston.
- Bronner, Stephen, 2002, *Imagining the Possible: Radical Essays for Conservative Times*, Routledge, New York.
- Brysk, Allison, 2000, *From Tribal Village to Global Village: Indian Rights and International Relations in Latin America*, Stanford University Press, Stanford.
- Burawoy, Michael, 1985, *The Politics of Production: Factory Regimes under Capitalism and Socialism*, Verso, London.
- Burguete, Cal y Aracely Mayor, editores, 2000, *Indigenous Autonomy in Mexico*, International Work Group for Indigenous Affairs, Copenhagen.
- Carr, Barry y Steve Ellner, 1993, *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika*, Westview Press, Boulder, CO.
- Castañeda, Jorge, 1993, *La Utopía Desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Joaquín Mortis, México.
- Celis Callejas, Fernando, 2005, "El movimiento que no aguantó más." *Masiosare, La Jornada*. Abril 3. <http://www/ljornada.unam.mx/2005/abr05/050403/mascelis.html> (consultado: abril 10, 2005).
- Cook, Maria Lorena, 1996, *Organizing Dissent: Unions, the State, and the Democratic Teachers' Movement in Mexico*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.
- Díaz Polanco, Héctor, 1997, *Indigenous Peoples in Latin America: The Quest for Self-Determination*, Westview Press, Boulder Colo.
- Díaz-Polanco, Héctor y Consuelo Sánchez, 2003, *México diverso: El debate por la autonomía*, Siglo XXI Editores, México.
- Dryzek, John, 1996, *Democracy in Capitalist Times: Ideals, Limits, and Struggles*,

- Oxford University Press, Nueva York y Oxford.
- Eckstein, Susan, 1994, *Back From the Future: Cuba under Castro*. Princeton, Princeton University Press, NJ.
- EZLN, 1994, "Declaración de la Selva Lacandona." Disponible en: <http://www.ezln.org/documentos/1994/199312xx.es.htm>. (Consultado en: Mayo 28, 2003).
- Foweraker, Joe y Ann Craig, 1990, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Lynne Rienner Publishers, Boulder y London.
- Fox, Jonathan, 1992, "Democratic Rural Development: Leadership Accountability in Regional Peasant Organizations", en *Development and Change*, No. 23, Blackwell Publishing, p. 1-36.
- Halliday, Fred, 1995, "The Third World and the End of the Cold War", en Barbara Stallings, editora, *Global Change, Regional Response*, Cambridge University Press.
- Harvey, Neil, 2002, "PPP y derechos indígenas", *La Jornada*. Diciembre 28. <http://www.jornada.unam.mx/2002/dic02/021228/013a1pol.php?origen=opinion.html> (Consultado en: Diciembre 28, 2002).
- , 1998, *The Chiapas Rebellion: The Struggle for Land and Democracy*, Duke University Press, Durham, NC.
- Hellman, Judith Adler, 1994, "Mexico and Popular Movements, Clientelism, and the process of Democratization", en *Latin American Perspectives*, No. 21(2), SAGE Publications, p. 124-142.
- Hernández Navarro, Luis y Ramón Vera Herrera, editores, 1998, *Los acuerdos de San Andrés*, Ediciones Era, México.
- Karl, Terry Lynn, 1990, "Dilemmas of Democratization in Latin America", en *Comparative Politics*, No. 23, The City University, New York, p. 1-21.
- Konrád, George e Ivan Szelenyi, 1979, *The Intellectuals on the Road to Class Power*, Harvester Press, Brighton.
- Mainwaring, Scott, 1992, "Transitions to Democracy and Democratic Consolidation: Theoretical and Comparative Issues", en Scott Mainwaring, Guillermo O'Donnell y J. Samuel Valenzuela, editores, *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective*, University of Notre Dame Press, Notre Dame.
- Medvedev, Roy, 1975, *On Socialist Democracy*, Knopf, New York.
- Moguel, Julio, Carlota Botey y Luis Hernández, editores, 1992, *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*, Siglo XXI Editores y CEHAM, México.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter, 1986, *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Otero, Gerardo, coordinador, 2006, *México en transición: Globalismo neoliberal, Estado y sociedad civil*, M.A. Porrúa, México.
- , 2004a, *¿Adiós al campesinado? Democracia y formación política de las clases en México Rural*, M.A. Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas y Simon Fraser University, México.
- , 2004b, "Global Economy, Local Politics: Indigenous Struggles, Citizenship and Democracy", en *Canadian Journal of Political Science*, No. 37(2), Canadian Political Science Association, Canada, p. 325-346.
- , editor, 1996, *Neoliberalism Revisited: Economic Restructuring and Mexico's Political Future*, Westview Press, Boulder, CO y Oxford.
- Otero, Gerardo y Janice O'Bryan, 2002, "Cuba in Transition? Civil Society's Challenge to the Castro Regime", en *Latin American Politics and Society*, No. 44(4), Lynne Rienner Publishers, Miami, pp. 29-57.

- Otero, Gerardo y Heidi Jugenitz, 2003, "Challenging National Borders from Within: The Political-Class Formation of Indigenous Peasants in Latin America", en *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, No. 40(5), p. 503-524.
- Palmer, David Scott, editor, 1994, *Shining Path of Peru*, Second Edition, St. Martin's Press, New York.
- Ramos, Alcida Rita, 1998, *Indigenism: Ethnic Politics in Brazil*, University of Wisconsin Press, Madison y London.
- Rochlin, James Francis, 2003, *Vanguard Revolutionaries in Latin America: Peru, Colombia, Mexico*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, CO y London.
- Stallings, Barbara, editora, 1995, *Global Change, Regional Response: The New International Context of Development*, Cambridge University Press, New York.
- Strange, Susan, 1996, *The Retreat of the State: the Diffusion of Power in the World Economy*, Cambridge University Press, New York.
- Subcomandante Marcos, 1994 [1992], "Chiapas: el Sureste en dos vientos, una tormenta y una profecía." Disponible en: <http://www.ezln.org/documentos/1994/199208xx.es.htm>. (Consultado en Mayo 11, 2005).
- Valdéz Ugalde, Francisco, 1996, "The Private Sector and Political Regime Change in Mexico", en Gerardo Otero, editor, 1996, *Neoliberalism Revisited: Economic Restructuring and Mexico's Political Future*, Westview Press, Boulder, CO y Oxford.
- Van Cott, Donna Lee, 2000, *The Friendly Liquidation of the Past: The Politics of Diversity in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Van der Haar, Gemma, 2001, *Gaining Ground: Land Reform and the Constitution of Community in the Tojolabal Highlands of Chiapas, Mexico*, Wageningen Universiteit y Rozenberg Publishers, Amsterdam.
- Wearne, Phillip, 1996, *Return of the Indian: Conquest and Revival in the Americas*, Foreword by Rigoberta Menchú, Cassell y Latin America Bureau, London.
- Yashar, Deborah, 2005, *Contesting Citizenship in Latin America The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge University Press, Nueva York.